

Del neoliberalismo al pos-apocalipsis: la reificación del cuerpo en Plop (2002) de Rafael Pinedo

RODRÍGUEZ, Mariano Ezequiel / Universidad de Buenos Aires – nanobrba@gmail.com

Palabras clave: Neoliberalismo – Plop – Violencia – Cuerpos – Crisis

› Resumen

La última gran crisis político-económica argentina supuso, al momento de su estallido final en diciembre de 2001, la más anticipada y violenta culminación de una década signada, exclusivamente, por políticas de estado de corte neoliberal. La precariedad social a la que estas condujeron, el suplicio que ellas significaron para millones de cuerpos resulta puesta de manifiesto, gracias al revelador poder de la literatura, en los yermos pos-apocalípticos de *Plop*, primera obra de Rafael Pinedo.

› Presentación

El siguiente trabajo se propone explorar de qué manera la breve novela pos-apocalíptica *Plop*, publicada por Rafael Pinedo a comienzos del 2002, ilumina, a través de la ficción, aquello que daremos en llamar la “economización” total de la existencia, es decir, ese proceso mediante el cual las políticas de estado neoliberales acaban por mercantilizar, de acuerdo a su voluntad, todas y cada una de las esferas de la vida humana. En este sentido, nos abocaremos con particular énfasis a analizar en qué formas el estatuto del cuerpo resulta constantemente re-configurado y re-significado, de acuerdo a esta nueva lógica empresarial, al interior de la novela. Observaremos así que, tras la progresiva degeneración de las prácticas sociales presente en la obra, con la inevitable violencia que tal proceso conlleva, el cuerpo, primera y última posesión en un mundo entregado por completo a la supervivencia del más apto, no puede sino desembocar en mercancía: un material más, entre tantos, sujeto a ser, en última instancia, desechado. Tales modificaciones en el trazado de los sujetos adquieren un singular brillo al ser consideradas, tal y como

mostraremos, en tanto figuraciones paroxísticas de aquellas transformaciones que, efectivamente, tuvieron lugar en Argentina bajo la lógica del mercado imperante a lo largo de la década de los noventa.

> /

Un proyecto de crítica literaria de estas características, anclado tan fuertemente en lo que —de momento— denominaremos una “situación histórica” concreta, debe, en primera instancia, establecer su posición respecto al siempre tentador y en apariencia diáfano paradigma de la representación literaria. Consideramos que, de acuerdo a esta lógica, la relación estrictamente refractaria y transparente que la literatura establecería con el inabarcable campo de lo Real no puede sino delegar a la primera a la más amarga de las impotencias. Bajo este modelo, la ficción no reviste otra función u otro objetivo más que el de reflejar, mecánica y fotográficamente, esa miríada de pensamientos, movimientos y gestos que, sin cesar de entrecruzarse, generan en su encuentro la vida cotidiana. ¿Qué es aquello que justifica tal interpretación del hecho literario? La suposición de que la “realidad” exterior, o “contexto”, no solo se hallaría inmediatamente presente como tal, sino que resultaría factible aprehenderla, en su totalidad, mediante un simple esfuerzo de la razón. Es esta la idea que, creemos, motiva a, por ejemplo, Georg Lukács (1966) a sentenciar que “la realidad —y por eso, también, su reflejo y su reproducción mental [es decir, la obra artística] — es una unidad dialéctica de continuidad y discontinuidad” (17); en suma, una realidad material y formalmente unitaria. En respuesta a esta estética del reflejo, adoptaremos en el curso de nuestro artículo un criterio radicalmente diferente: una posición que, creemos, guarda la capacidad de recuperar para el arte no sólo su siempre negada autonomía sino también la vitalidad de su potencia política.

Evitando reducir o soslayar la complejidad inherente a toda mediación cultural, la postura que aquí sostenemos bebe directamente de la crítica planteada por Jacques Rancière en sus últimos trabajos. Se trata, para el filósofo francés, de captar a la ficción como una estructura de racionalidad en sí misma: lejos de encontrar en ella la simple invención de mundos imaginarios o, en su defecto, a la deformada expresión de procesos sociales, nos es grato entender a la misma como “un modo de presentación que vuelve perceptibles e inteligibles las cosas, las situaciones o los acontecimientos” (Rancière, 2015: 12). ¿Qué es aquello que, creemos, autorizaría esta perspectiva? Nada más y nada menos que la libertad de la ficción. Finalmente emancipada de su función históricamente impuesta de *representar*, la ficción no puede sino *operar*, entre otras cosas, desvelamientos: la exposición de esa enorme multitud de afecciones e intereses que, escapando generalmente de nuestra sensibilidad, se abocan en secreto a la tarea de dar forma a la “realidad”, el mayor de los relatos. Allí y solo allí, en el desenmascaramiento de lo Real, reside el núcleo hondamente político de la literatura: tal y como sugerirían Deleuze y Guattari (1997) “el arte desmonta la organización triple de las percepciones, afecciones y opiniones, y la sustituye por un monumento

compuesto de perceptos, de afectos y de bloques de sensaciones” (177-178). En franca oposición a los principios del reflejo pasivo, la idea que aquí proponemos encuentra que el acto literario no puede sino mantener una constante y activa relación con lo Real, con esa historia por naturaleza no-narrativa y no representacional a la cual, paradójicamente, no deja de arrastrar hacia su textura estética. En este sentido, afirmamos junto a Fredric Jameson (1989) que “el acto simbólico empieza [...] por generar y producir su propio contexto en el momento mismo de la emergencia en que se aparta de él, tomando su medida con miras a sus propios proyectos de transformación” (66). Es justamente esta relativa autonomía del arte la que permite a la obra operar una incisiva denuncia respecto a su comunidad: buscando dar cuenta de ella, en las páginas que siguen intentaremos abordar de qué manera *Plop* logra hacer visible el amplio entramado ideológico del neoliberalismo, la fuerza dominante responsable de nuestra cada vez más atomizada sociedad.

> //

Rafael Pinedo, graduado en computación por la UBA, nacido en 1954 y fallecido a los cincuenta y dos años de edad, ve publicada *Plop*, su primera novela, en enero del 2002, apenas unas semanas después del estallido del “Argentinazo”: la última gran crisis argentina que furiosamente llevó a miles de ciudadanos a las calles en diciembre del 2001. En una entrevista brindada a la revista *Axxón*, Pinedo establece interesantemente que “el primer texto de *Plop* data de septiembre de 1997” (Alonso, 2004), una declaración que no hace sino sugerir que la obra supo hallar su gestación en torno a las enormes turbulencias del segundo mandato menemista. El mismo, lejos de suponer un alivio para las golpeadas clases trabajadoras del país, supo erigirse como la continuación de una primera presidencia signada tanto por el brutal aumento de la pobreza y la desocupación como así también por una fuerte profundización en la brecha económica. Ya “en la primera mitad de la década [de los noventa] quedó delineado el modelo económico [menemista] que, como rasgo más destacado, significó la creciente e ininterrumpida exclusión de trabajadores y productores”; un modelo que en forma alguna “logró revertir el aumento de la desocupación y de población bajo la línea de pobreza, sumando [incluso] a los pobres estructurales nuevas experiencias de descenso social o nuevos pobres” (Gordillo, 2010: 42-43). En íntima relación con la situación argentina, ¿qué es aquello que Pinedo imagina en *Plop*? Nada más y nada menos que un mundo hecho pedazos; un futuro en donde, tras una catástrofe de índole desconocida, los últimos miembros de la humanidad desembocan, abandonados, en el más descarnado salvajismo y la más extrema de las violencias. Ese ambiente hostil que para millones de argentinos suponía su propio país y que, hipócritamente, latía oculto bajo las alfombras del glamour menemista, adquiere la forma, en la novela, de un mundo dominado por montañas y montañas de basura, insectos mutantes del tamaño de un brazo e incurables enfermedades.

Por supuesto, *Plop* pertenece al ámbito de la “literatura conjetural” o ciencia ficción, resultando ubicable, más específicamente, en el sub-género de la ficción pos-apocalíptica. Analizando este conjunto de trabajos artísticos es que James Berger señalará que el mismo, no casualmente, tiende a proliferar luego de acontecido un desastre colectivo como el que, poco a poco, se revelaba inminente en la sociedad argentina. En palabras de Berger (1999): "A disaster occurs of overwhelming, disorienting magnitude, and yet the world continues. And so writers imagine another catastrophe that is absolutely conclusive, that will end this world" (6-7). *Plop*, proponemos, haciendo acaso gala del siempre teorizado poder anticipatorio de la literatura, realiza precisamente eso que Berger sugiere radicalizando ficcionalmente la inevitable catástrofe social y económica que, ya en 1997, se vislumbraba como insoslayable corolario de una década continua de medidas neoliberales. Así, nos interesa rastrear entonces cómo, en esta configuración de una realidad pos-apocalíptica, Pinedo retrata paroxísticamente al *homo oeconomicus*, aquel sujeto fabricado, según veremos, por el mandato racional e ideológico del neoliberalismo. Es justamente esa tendencia de la sociedad finisecular argentina hacia un individualismo cada vez más peligroso lo que, sugerimos, encuentra su mejor expresión en *Plop*.

El prólogo de la novela nos presenta a Plop, su único protagonista, a punto de ser enterrado vivo como castigo tanto por sus crímenes contra la comunidad como por el atentado contra sus tradiciones. Es desde este pozo inundado de barro y heces que Plop nos relata, a través de retrospectivas, los acontecimientos que hilvanarán fragmentariamente el texto. Pinedo, quien en el primer capítulo nos sumerge en el crudo y poco higiénico nacimiento de nuestro antihéroe, nos introduce a este mundo de pesadilla junto a su protagonista, el cual, frente a nuestra lectura, comienza a recorrerlo, padecerlo y hacerlo suyo. Así descubrimos junto a Plop que las grandes y complejas formas sociales propias de nuestros tiempos yacen aquí disueltas por completo; que los edificios, los rascacielos y las ciudades no sólo han desaparecido de la faz de la tierra sino también de la memoria de los hombres y que, en su lugar, tan solo resta la ruina: “se camina sobre el barro, entre grandes pilas de hierros, escombros, plástico, trapos podridos y latas oxidadas” (Pinedo, 2012: 18). Desprendida de esta sombría atmósfera, la cotidianeidad de los hombres no puede sino revelarse monstruosa: los tristes resabios de la humanidad, agrupados en pequeños clanes o tribus, se hallan arrojados a la trashumancia, a la constante búsqueda —por lo general infructuosa— de los más básicos recursos. Es tan solo mediante la extrema jerarquización de los individuos que los hombres, en el mundo de Plop, encuentran la forma de hacer honor a la máxima que guía cada uno de sus pasos y decisiones: “acá se sobrevive” (13). Al momento de su nacimiento, nos informa el narrador, “ya estaba establecido el sistema de brigadas. (...) Esa era la forma de supervivencia que se había dado el Grupo” (13). Cada una de ellas, las de Recreación, las de Servicios y las de Voluntarios aparecen identificadas según sus respectivas funciones y subordinadas tanto a sus específicos Secretarios como al Comisario General, el indiscutido líder de la totalidad del grupo. A los diez solsticios, es decir, a los cinco años de

edad, a cada miembro de la sociedad “se le pone nombre y se lo destina definitivamente a una Brigada, en la que permanecen para siempre” (22). Así “los tontos, débiles o muy rebeldes van a parar a Voluntarios Dos, para que no duren. Los que tienen enemigos a Recreación Dos” (22) en donde no funcionan sino como entretenimiento para los estratos superiores mientras que los considerados afortunados acaban, por su parte, destinados a las brigadas de Servicios en donde, reprocha Plop, se asemejan a siervos, limpiando mugre y paleando tierra.

Frente a este aciago panorama, el motor de todo lo que sucede en la novela es el deseo de nuestro joven Plop de ascender socialmente: de escalar posiciones hasta finalmente ocupar el rol del Comisario General, el único con la capacidad de determinar los destinos, la vida o incluso la muerte, de los miembros del grupo. En este sentido, los capítulos de la obra invitan a ser leídos en tanto peldaños a ser superados por nuestro protagonista en su recorrido hacia la cumbre de la pirámide social: tomando en consideración que solamente aquellos en la cima tienen asegurada su integridad y su supervivencia, Plop nos confiesa, antes de morir, que de nada se arrepiente “desde que ha empezado su camino. Desde que se ha obligado a no ser uno más, un mono, un peón, un esclavo” (11). Así, la lógica que domina tanto las decisiones de Plop como la de los demás miembros de los clanes no es sino una lógica estrictamente económica. En otras palabras, cada una de las cuestiones y esferas de la existencia, desde las más básicas e inmediatas hasta las más complejas y de largo aliento, pasando incluso por el sencillo derecho a la vida, es pensada en pos de la dialéctica costo/beneficio. Es esta lógica empresarial expuesta en *Plop* la misma que, paulatina y silenciosamente, infiltraría al Estado argentino a partir de la dictadura del 76: una racionalidad que, lejos de resultar combatida tras el retorno a la democracia, supo ser perfeccionada bajo los mandatos menemistas. Es justamente la crueldad de esta lógica, que “se ha enraizado de modo tan profundo en los sujetos y en el lenguaje, en las prácticas ordinarias y en la conciencia” (Brown, 2016: 46) la que la literatura es capaz de poner bajo los focos. Es ella y solo ella la racionalidad que, con la Ley de Déficit Cero aplicada en 2001, condenó a la pobreza o incluso a la muerte a los miembros de la llamada “población vulnerable”; a aquellos grupos que, obligados a recibir asistencia social, encontraron de la noche a la mañana sus ingresos fuertemente reducidos: niños de 2 a 5 años, discapacitados y ancianos de la tercera edad. Gente que, tanto para el Estado argentino como para los Comisarios Generales de *Plop*, no son capaces de representar sino un *gasto*.

> III

Aquello que al comienzo designamos como la “economización” total de la existencia responde a lo que Michel Foucault y Wendy Brown reconocen como el triunfo de la “razón neoliberal”. Para ambos, el neoliberalismo, más allá de representar una reconfiguración del capitalismo liberal, constituye “una racionalidad rectora que extiende una formulación específica de valores, prácticas y mediciones de la

economía a cada dimensión de la vida humana” (Brown, 2016: 27). Sometidos inconscientemente a la violencia de tal racionalidad, los hombres y las mujeres, teorizan estos autores, acaban por devenir *homo oeconomicus*, es decir, perfectos “hombres de la empresa y la producción” (Foucault, 2007: 182). Por supuesto, el *homo oeconomicus* no representa más que simple y llano capital humano. Tal y como sugiere Foucault, el esquema de oferta y demanda, la grilla de inteligibilidad propia de la empresa moderna, es proyectado en el neoliberalismo hacia el campo no-económico de la vida humana; un acontecimiento que, más temprano que tarde, acaba convirtiendo al hombre en otra tuerca más en la línea de producción de capital, en un objeto pronto a ser desechado en caso de no producir beneficios, representar gastos o simplemente revelarse anticuado. Como tal, el *homo oeconomicus*, finalmente instrumentalizado y reificado, acaba asumiendo en sí mismo la forma de la empresa: bajo el neoliberalismo “la empresa no es una simple institución sino una manera de comportarse en el campo económico, [...] [es] la forma de la competencia sobre la base de planes y proyectos, con objetivos, tácticas, etc.” (211). Así, en una sociedad en la que la competencia se alza como la única posibilidad de supervivencia, en una sociedad regida fundamentalmente por impulsos económicos y abandonada de toda solidaridad, el hombre acaba transformándose en, Hobbes *dixit*, el lobo del hombre.

Aquello que Pinedo expone mediante la rudimentaria y extrema ficción de *Plop* no es sino la infiltración de los postulados básicos de la razón neoliberal al interior de la sociedad argentina. Llevando a estos principios hasta el paroxismo, Pinedo logra volver inteligible, gracias al ya teorizado poder de acción de la literatura, ese orden que, incluso una vez caído el menemismo, continuaría periódicamente causando llagas en el grueso de la población argentina. Ahora bien, es fundamentalmente a partir del tratamiento del cuerpo que nuestro autor, como ya anticipamos, arrojará luz sobre estas oscuras zonas de lo Real: desde los compases que violentamente abren la obra hasta aquellos que lo cierran, el propio cuerpo humano, garante primero y último de la vida, es valorado como si de una mercancía se tratara. En el mundo de *Plop*, las propias vidas, regidas por los valores de uso y de cambio propios de toda mercancía, resultan sin reparos intercambiadas por suministros: “por la comida les pidieron [a los líderes] [...] seis vírgenes púberes, por lo menos dos de cada sexo, y dos trabajadores” (Pinedo, 2012: 14). En este sentido, hallamos que es el personal trazado de los cuerpos, el conjunto de sus características más hondamente propias, aquello que establece el valor de cada miembro: mientras que los sujetos de complexión robusta son valorados de acuerdo a su futura utilización en trabajos forzados, las vírgenes jóvenes, por otra parte, adquieren valor según el nivel de “recreación” que su carne es capaz de proveer, por lo general, a los altos mandos.

¿Qué es aquello que sucede con los cuerpos no-competitivos, con todos aquellos a los cuales no es posible hallarles una utilidad? De una u otra forma acaban desechados: “recicle, pira, aguja, despellejamiento, degüello o qué” (94) pregunta Plop a su comunidad minutos antes de violentar al

Mesías, alguien que, predicando la existencia de una tierra capaz de gestar frutos comestibles, comprometía la producción de los trabajadores. Mientras que el Mesías resulta, por su parte, condenado al exilio, otros sujetos a lo largo de la novela no resultan recompensados con tanta suerte. Así, el reciclado, la primera y la más popular de las opciones barajadas por Plop, busca extraer, mediante la muerte, un rédito económico del cuerpo “inútil” de los sujetos descartables: una vez descuartizados, los mismos encuentran finalmente su utilidad en la alimentación de cerdos y caballos, animales que, en tanto constantes productores, se revelan ampliamente más valiosos que aquella gente. Es esta la triste fatalidad de, por ejemplo, la madre de Plop quien, luego de dar a luz a los trece o catorce años de edad, sumida en un completo estado de catatonia, se niega a colaborar en las tareas cotidianas. “Era la ley. Se debía depurar el Grupo para facilitar el viaje. Sólo iban los que no frenaran las caravanas. Todos debían responder por sí mismos” (16) explica Plop, asumiendo por completo los valores característicos del mercado, minutos antes de presenciar la “operación. La aguja entre las cervicales, el despellejamiento, la carneada” (17). El segundo de los destinos más comúnmente dispuesto para estos cuerpos considerados faltos de valor es la introducción a la ya mencionada sección de Voluntarios, una brigada exclusivamente abocada a las más difíciles y mortales tareas del Grupo. Son justamente los miembros de esta división aquellos que suelen ser entregados como ofrenda sexual a los líderes de otros grupos: una ocupación que, irrevocablemente, es pagada con el posterior sacrificio en un brutal intento por “controlar las venéreas” (15). Si no de aquella forma, los pertenecientes a tan desgraciada brigada suelen encontrar su muerte ocupando, además, el rol de carnada durante las peligrosas misiones de caza: “delante de cada cuatro o cinco de ellos [es decir, de los cazadores] iba caminando desnudo un Voluntario Dos. Con las manos atadas y los pies maneados para que no pudiera correr” (37).

Esta falta de consideración hacia la singularidad de la vida humana junto a la consiguiente reificación del cuerpo la encontramos operando también en uno de los ámbitos más netamente propios de la carne como lo es el constituido por la sexualidad. Tal es así que, en *Plop*, el lexema escogido para dar cuenta de las relaciones sexuales es el verbo “usar”: “a todos los habían usado muchas veces antes” declara Plop al respecto de los miembros de su sociedad, minutos antes de ser penetrado, “casi por obligación, para que supiera quien era más fuerte” (28), por el Comisario General. En este amargo futuro retratado por Pinedo, el “sexo”, tal y como hoy podríamos concebirlo, pierde una de sus más importantes condiciones previas: a saber, la del afecto. En una sociedad en la que las personas, negadas a establecer vínculos de cualquier tipo, mantienen a cada momento una estricta relación laboral, “profesional”, las mismas no pueden sino solo usar y dejar usarse, como si de objetos se trataran. Antes que el placer, que, por supuesto, no resulta rentable, aquello que parece motivar el encuentro entre los cuerpos es la mera costumbre. En este sentido, es durante el Karibom, una celebración anual en la que nadie recuerda ya qué es lo conmemorado, que los congéneres de Plop dan rienda suelta a la potencia de sus cuerpos. Una

potencia que, de todas formas, resulta constantemente cercenada por la reglamentación concerniente al uso “sexual”: la intervención de la boca, de los labios en tales prácticas resulta, sin importar posiciones, penada tanto con la hoguera como con el empalamiento. De hecho, en el último capítulo de la novela, “La caída”, observamos que la detención de Plop —quien a esta altura de los acontecimientos se revela, triunfador, como el indiscutido líder de su Grupo— se halla motivada no tanto por el sadismo de sus crímenes sino por la visible ruptura de la reglamentación con la que se cierra su epopeya: “Plop la arrodilló [a la Esclava] frente al trono, entre sus piernas. [Y] ella empezó a chupar” (129).

› *Conclusión*

Los resultados de las medidas económicas de corte neoliberal implementadas en la Argentina son, por supuesto, ampliamente reconocidas y recordadas. Según estadísticas oficiales del INDEC, hacia finales del año 2002, el 57,8% de la población argentina se encontraba por completo hundida en la pobreza mientras que, al interior de tan apabullante cifra, el 27,5% de la misma se hallaba en condición de indigencia y el 21,5% sin trabajo. En este sentido, creemos que es esa desesperación, tan tristemente compartida por amplios sectores de la población, la tendencia viva que Pinedo se encarga de recuperar en el paisaje pos-apocalíptico de *Plop*. Es precisamente esa inhumana reificación de los cuerpos que en nuestro país dejó al margen del sistema a millones de personas la que, postulamos, al aparecer en la novela elevada a la enésima potencia, resulta al fin puesta de relieve gracias a la inteligibilidad propiciada por la forma literaria. Es en este sentido que, rescatando la ya mencionada idea de la función anticipatoria de la ficción, nos gustaría preguntar: ¿qué sucedería si decidiéramos llevar la misma hasta sus últimas consecuencias? ¿Se revela el futuro esperándonos a la vuelta de la esquina un lugar tan tenebroso como aquel bocetado por Pinedo en ésta, su brillante obra de ciencia ficción? En otras palabras: ¿es posible evitar el apocalipsis neoliberal? Acaso con más dudas que certezas, damos por concluido nuestro análisis.

Bibliografía

- Alonso, A (2004, Marzo 10), *Entrevista con el escritor Rafael Pinedo*. Recuperada de <http://axxon.com.ar/not/136/c-1360035.htm>
- Berger, J. (1999), *After the End: Representations of Post- Apocalypse*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Brown, W. (2016), *El pueblo sin atributos*, trad. de Altamirano, V., Barcelona: Malpaso Ediciones.
- Deleuze G. y Guattari F. (1997), *¿Qué es la filosofía?*, trad. de Kauf, T., Barcelona: Editorial Anagrama.
- Foucault, M. (2007), *Nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France*, trad. de Pons, H., Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina S. A.
- Gordillo, M. (2010), *Piquetes y cacerolas... El "argentinazo" del 2001*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Jameson, F (1989). *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*, trad. de Segovia, T., Madrid: Visor Distribuciones.
- Lukács, G. (1966), *Estética I. La peculiaridad de lo estético*, trad. de Sacristán, M., Barcelona: Ediciones Grijalbo.
- Pinedo, R. (2012), *Plop*, Buenos Aires: Interzona.
- Ranciere, J. (2015), *El hilo perdido: ensayos sobre la ficción moderna*, trad. de Del Carmen Rodríguez, M., Buenos Aires: Manantial.